

La compleja relación entre Internet y Política: algunas anotaciones sobre los problemas actuales de la Política 2.0.

Edgar Strachle¹

Resumen: En este texto se destaca que gracias a Internet, y la Política 2.0 con la que se asocia, se ha constatado que las clásicas teorías que caracterizaban a la población como masa o como pura pasividad no tienen sentido en el presente. Se trata de retóricas sobre la que se aupaban y legitimaban la democracia representativa e impedían la exploración de otros canales de democracia más conectados con la ciudadanía. Por eso mismo, en este escrito se cuestionan los discursos ciberutópicos que en su exceso de optimismo también, y de manera inconsciente, recaen con frecuencia en una concepción pasiva del individuo y redundan en visiones que *de facto* son despolitizadoras. Reconocer los elementos proactivos que han proliferado en Internet ayuda a ver su gran potencial político y comprender cómo ha conseguido desembocar en numerosas iniciativas alternativas que sirven como plataformas de contrapoder. O que han desembocado en las numerosas movilizaciones ciudadanas que se han diseminado por el globo. El problema, sin embargo, consiste en saber si realmente la política 2.0 podrá tener capacidad para transformar la sociedad o si por el contrario su potencial conseguirá ser neutralizado o resignificado.

Palabras clave: Internet — Política 2.0 — Multitud — Contrapoder — Política de lo común.

Abstract: This paper claims that Internet and the so-called Politics 2.0 have proved the classical statements which describe the population as mass or pure passivity to be false. These theories were useful for legitimizing the representative democracy and for refusing other interpretations which were more participatory. Therefore, we should also question the cyberutopian discourses which unconsciously reproduce the conception of the individual as political passive subject. Recognizing the proactive dimension of Internet helps us to appreciate the great political potential of the web. It makes a broader understanding of the numerous mobilizations of citizens in many regions of the world as well. However, the problem is to know whether Internet (and the Politics 2.0) will have the capacity to transform society in the future or rather will be neutralized or even resignified.

Keywords: Internet Politics — Politics 2.0 — Multitude — Counterpower — Politics of the Commons.

¹ Universitat de Barcelona.

INTRODUCCIÓN

Las recientes revueltas de Hong Kong de este pasado otoño de 2014 han servido para recordarnos que los últimos tiempos han estado plagados de espontáneas e imprevistas movilizaciones populares que se han diseminado a lo largo de todo el globo, sea contra regímenes de un cariz democrático o contra otros más dictatoriales, sea en países del llamado primer mundo o en otros mucho más pobres. Se trata de una historia bien conocida que últimamente se repite cada año y que hizo que en su momento la revista *Time* decidiera elegir al manifestante como el personaje más importante de 2011. Esta sucesión de levantamientos ha incrementado el miedo que los gobiernos profesan a Internet, tal y como se ha certificado por los sistemáticos intentos de enfrentarse a la neutralidad de la red por medio de leyes como SOPA, ACTA o, en España, por la impopular ley Sinde-Wert. También se pudo comprobar con el pánico que se desató ante una iniciativa como Wikileaks. Aunque su máxima expresión se dio seguramente cuando dictadores como Mubarak en Egipto o la Junta Militar birmana durante la Revolución Azafrán tomaron la decisión de bloquear los servidores y desconectar Internet *de facto* por miedo a su inusitada capacidad de movilización o, por supuesto, cuando el gobierno de Irán, a raíz de los tumultos motivados por la llamada Revolución Verde, optó por crear una especie de Internet *halal*, un Intranet gigante a escala nacional.

Sin embargo, como se ha demostrado en Hong Kong, eso no ha impedido que se puedan idear herramientas alternativas (como la suministrada por el programa Firechat) a fin de sortear las intervenciones gubernamentales. Al fin y al cabo, Internet se ha revelado como un espacio díscolo y hartó difícil de domeñar que aparece como una suerte de quinto poder (si bien desde el Estado se ve más bien como una quinta columna) cuya *raison d'être* se funda en gran medida en el desprestigio de una democracia que no parece cultivar verdaderamente la separación de poderes y de una prensa oficial que ha abdicado de su función de cuarto poder.

¿UN NUEVO SUJETO POLÍTICO?

Este conjunto de movilizaciones ha conducido a que numerosos pensadores no cesen de hablar de la aurora de una nueva época que se plasmaría en la emergencia o consolidación de un nuevo sujeto político (como sería el concepto de *Multitud* de Negri y Hardt (2004). También en teorías excesivamente optimistas (como la de Jeremy Rifkin, 2011) que hablan de la aurora y futuro triunfo de una economía relacional que, basada en el cultivo de prácticas la del don o la de la reciprocidad, superaría definitivamente la etapa del capitalismo y encontraría su tierra de promisión en Internet, como se demostraría por el resonante éxito de iniciativas modélicas como las impulsadas desde Linux o Wikipedia (Raymond, 2001; Ortega y Rodríguez, 2012). En este sentido, se habla sin cesar de alternativas que reciben nombres tales como los de *wikidemocracia*, *wikinomía*, *wikipolítica*, etcétera.

Una de las consecuencias más interesantes que ha producido la aparición y difusión de Internet ha consistido en que ha logrado invertir el tradicional pesimismo que, al menos en el seno de la Academia, había prevalecido después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, es preciso señalar que eso también ha desembocado inevitablemente en lecturas demasiado encomiásticas o esperanzadoras acerca de nuestro futuro, en muchos casos por culpa de un desconocimiento de las ambivalencias aparejadas a las dinámicas de la red. A modo de ejemplo solamente se citarán la conocida e insistente propuesta de Internet para el Premio Nobel de la Paz o que Riccardo Luna, director de *Wired Italy*, se llegó a referir a Internet como un “arma de construcción masiva” (Say Chan 2013: 6-7). Por eso, no debe ser motivo de sorpresa que autores como Evgeny Morozov (2012) o, en España, César Rendueles (2013) hayan cargado justificadamente las tintas contra esas tendencias ciberutopistas que ven en la red la definitiva (e incluso mágica) tabla de salvación de los principales males del presente y que a fin de cuentas no hacen más que exagerar algunos de los indudables méritos conseguidos² o, por el contrario, siguen consciente o inconscientemente afirmaciones teñidas de determinismo tecnológico. Se habla de que *inevitablemente* Internet transformará la sociedad de una manera radical. De ahí que por ejemplo se citen sin cesar lemas, a menudo embebidos de un ingenuo mito del progreso, como el de “nada es más poderoso que una idea a la que le ha llegado su hora” de Victor Hugo o que constantemente se saque a colación la célebre observación de Thomas Carlyle, quien en su clásico *Los héroes* observó que una vez inventada la imprenta, la democracia se había vuelto inevitable.

Sin embargo, lo que se olvida a la hora de mencionar esta última frase son por lo menos dos cosas que no son en absoluto irrelevantes: para empezar, que sin duda ha habido numerosas y valiosas formas democráticas antes de este invento; para seguir, que la observación fue escrita en 1840, es decir, nada menos que cuatro siglos después de aparecer la imprenta, por lo que no está claro hasta qué punto se trata de una suerte de destino histórico ineluctable (por extensión, tan solo bastaría pensar en los efectos o la ausencia de estos que tuvo la imprenta en China). Además, no se debe olvidar que en la Inglaterra de 1840, país donde vivía Carlyle, la mayoría de los hombres y la totalidad de las mujeres carecían todavía del derecho de voto, por no hablar de la absoluta inexistencia de otras prerrogativas sociales y políticas.

Más allá de todo esto, lo que por añadidura esconden este tipo de diagnósticos o pronósticos, a veces preñados de una marcada e ingenua concepción mesiánica, son dos cuestiones más problemáticas y contraproducentes que deben ser tenidas en cuenta a la hora de reflexionar acerca de los nuevos modelos políticos y cuya respuesta puede orientarnos en ese complejo, poliédrico y elusivo fenómeno en continua transformación que es Internet.

² No deja de ser sorprendente en este contexto que cuando se habló admirativamente de la Política 2.0 la campaña electoral de Obama fuera entonces uno de los grandes modelos a seguir (véase Castells, 2009; Beas, 2010) o que el mismo Jeremy Rifkin (2011) mencionado más arriba citara a Zapatero como uno de los rostros que iba a facilitar la gran transformación económica.

La primera tiene que ver con que entonces, cuando se sobrevalora el potencial de Internet, se confía en que los problemas correspondientes a la política pueden ser resueltos gracias a la instalación y consolidación de una herramienta tecnológica. De este modo se incurre de nuevo en visiones que ya se reprodujeron recurrentemente en el pasado cuando la irrupción de aparatos como el ferrocarril, la radio o la televisión también fueron percibidos como acontecimientos que transformarían la sociedad y la conducirían a la democracia y a una sociedad más justa. El problema reside en que un posicionamiento semejante presupone que los asuntos políticos pueden ser solucionados por medio de vías o resortes no políticos, recayendo al menos en parte en una tradición del pensamiento político que se ha alineado a favor de modelos tecnocráticos y que justamente ha tratado de despolitizar y desdemocratizar la sociedad a fin de alcanzar sus objetivos. En pocas palabras, según este posicionamiento la solución de la política, en el fondo, se situaría fuera de la política.

La segunda dificultad, cuya respuesta sirve de paso para responder a la cuestión anterior, guarda relación con las visiones deterministas de Internet, las cuales suelen olvidar que la red constituye una realidad profundamente heterogénea. Internet puede ser Linux, Wikipedia, Reddit, Crowdfunding o el sinnúmero de webs en las que se están desarrollando modelos alternativos de todo tipo. Sin embargo, también puede ser Facebook, Badoo, Ashley Madison o incluso las páginas de casinos o pedofilia. Para bien o para mal, hablamos de un universo (o un multiverso) profundamente complejo lleno de luces y sombras que sin duda alguna no puede ser analizado en pocas páginas y que además se presenta como fácilmente maleable y resignificable. En realidad nos encontramos ante un fenómeno singular que, lejos de poder ser predicho y definido, depende en una gran medida del uso y la significación que le den sus usuarios en la práctica. Internet, lejos de ofrecer certezas, nos entrega más bien un surtido de potencialidades que pueden ser conducidas hacia una dirección u otra.

Por esa razón, una concepción demasiado optimista no hace más que desatender las complejidades, contingencias o incluso contradicciones de toda empresa humana. Hace de Internet una entidad rígida, que es lo que precisamente no es. En este sentido, quizá el caso más controvertido e ilustrativo sea el del gigante económico Google, empresa que ha logrado convertirse en un enorme emporio gracias justamente a aprovecharse de las prácticas de cooperación, a ser pionera a la hora de desarrollar nuevos modelos de economía (que tienen que ver con la llamada economía de la atención y por eso de la gratuidad) y por supuesto a hacer de la libertad su emblema (pese a las contradicciones que eso supone respecto a su comportamiento real).

En cualquier caso, Internet –gracias a su accesibilidad, su fácil usabilidad en las webs 2.0, la reducción o inexistencia de costes materiales, la democratización de las herramientas de producción o desde luego a caracterizarse por poseer un espacio infinito o, mejor dicho, no limitado por la escasez del mundo físico (Anderson, 2013)– ofrece un paisaje sensiblemente distinto al que uno ve fuera de él. De ahí que una figura como lo que Alvin Toffler bautizó con el nombre *prosumidor* se haya vuelto central en la actualidad. Y es que una buena cantidad de usuarios de Internet

se desempeñan a la vez como productores cotidianos de contenidos, códigos, prácticas, espacios o iniciativas de todo tipo. Así se han descubierto muchos aspectos profundamente activos y productivos del ser humano también en el ámbito del consumo, que anteriormente habían pasado prácticamente inadvertidos y que han dejado de ver a esta actividad como el simple punto final (y por lo tanto infértil) del ciclo de producción. No por casualidad el retrato del consumidor acostumbraba a ser el epítome de la crítica a la sociedad por entero y de su correspondiente impotencia política.

En la actualidad, estudiosos como Erik von Hippel (2005) han subrayado en cambio la importancia de la *user innovation* que, especialmente en el seno de Internet, ha devenido uno de los principales y más democráticos motores de innovación y de creatividad. De este modo, las fronteras entre la producción y el consumo ya no son tan nítidas y tajantes, tan impermeables como en el pasado. En esta misma línea, Internet suministra el ejemplo de numerosas comunidades de usuarios que, como sucede de forma paradigmática en el conjunto de iniciativas digitales que se desarrollan bajo la estela del *free software* y otros movimientos cercanos, han desarrollado y consolidado democráticas pautas de trabajo y producción en común que rompen con la planificación y la organización asimétrica de los modelos empresariales así como han revalorizado la importancia de la espontaneidad o de los no expertos (Shirky, 2012), poniendo en boga conceptos como la inteligencia colectiva o la llamada sabiduría de la multitud (Surowiecki, 2005). Sin embargo, evidenciando de nuevo la ambivalencia o la resignificabilidad inherente a Internet, esto también ha desembocado en prácticas empresariales, como el *crowdsourcing*, donde en muchos casos son las corporaciones más poderosas las que se aprovechan para sus propios intereses de esta contribución desinteresada, por supuesto sin remunerarla.

Como es lógico, todo esto ha tenido su compleja traducción política, no siempre fácil de llevar a cabo ni exenta de contradicciones. En la época de las luchas antiglobalización la página web Indymedia ya acuñó un ilustrativo slogan como “*don’t hate, be the media*” (Di Maggio 2008: 1), que sintetizaba a la perfección cuál era su misión y cuál ha sido la reacción popular posterior ante los vaivenes y las crisis político-económicas de los últimos años. No por casualidad palabras como *empowerment* se han convertido asimismo en términos de gran popularidad. De ahí que la idea de multitud de Negri, si bien criticable en algunos de sus aspectos, haya ganado con toda lógica un amplio y merecido predicamento. Y también que haya servido para poner en cuestión ese discurso tradicional que, apuntalado sobre el menosprecio a la población media, reivindicaba modelos democráticos tan solo en la medida en que estos se amoldaran a las restricciones asociadas a la representatividad. En efecto, una de las principales razones que se han esgrimido tradicionalmente para justificar que la democracia tuviese que ser representativa (y menos democrática) se fundaba en la absoluta desconfianza hacia las capacidades de la mayoría de la población, calificada de ignorante y voluble. Por ello, se defendía que esta fuera preventivamente expulsada de las tareas de gobierno y que se evitaran en la medida de lo posible los canales que propiciaran la puesta en práctica de una

democracia directa. El resultado lógico ha sido el de una democracia pobre y desprestigiada, que no ha hecho más que exacerbar y generalizar la desafección política.

Uno de los principales méritos de la evolución de Internet ha consistido, en cambio, en que gracias a las numerosas actividades de todo tipo que se han desarrollado en su seno se ha puesto en duda este generalizado prejuicio negativo hacia el resto de la población que condujo a la popularidad académica (y no solo académica) de la idea de masa.³ Esta fue definida de forma clásica como un colectivo intrínseca e inevitablemente fanático, irracional, caprichoso, manipulable, homogéneo, violento y potencialmente despiadado. Para Gustave Le Bon (1973), su primer gran teórico, la entrada en la era de las masas suponía el advenimiento de una nueva forma de barbarie que debía ser conjurado a toda costa, la confirmación del fracaso del legado de la Ilustración así como la imposibilidad de cumplir sus objetivos. Uno de los mayores problemas yace en que este discurso ha tenido un amplio seguimiento que alcanza hasta el presente y que ha servido para justificar la incapacidad del pueblo de gobernarse a sí mismo. Incluso presuntas ciencias actuales como esos fenómenos recientes que responden al nombre de neuropolítica o *neuro-marketing* en muchos momentos no hacen más que reproducir fiel e ingenuamente un buen número de sus rasgos distintivos. El ciudadano aparece así como un sujeto pasivo, fácilmente engañable y caracterizado a menudo por un ideal de servidumbre voluntaria.

Serge Moscovici (1985), el principal y más actual epígono de Gustave Le Bon, se atrevía a enumerar hace poco más de un par de décadas cuáles eran los principales rasgos de la masa, los cuales evidenciaban que no se podía dejar en sus manos las riendas de la democracia: tener una unidad mental (y no ser un conglomerado de seres particulares); actuar inconscientemente (mientras que el individuo se comportaría de forma consciente); ser conservadora, pese a conducirse en ocasiones de manera revolucionaria; estar dominada por la propaganda y otros elementos irracionales; carecer de inteligencia crítica, ya que esta entorpece la acción; o tener que seguir fielmente a un líder, llegando a escribir que “las masas, cualesquiera sean su cultura, su doctrina o su categoría social, necesitan someterse a un conductor” (Moscovici, 1985: 120) o que el modelo del poder de este sobre la masa es el de la hipnosis.

Sin embargo, este listado de características se ajusta muy bien a lo que no ha acaecido en las movilizaciones y plataformas ciudadanas de los últimos años. O también a cómo no son las iniciativas de todo tipo que se han desarrollado en la red. Más bien se han distinguido por lo contrario, pues se definen por el rol central de la diferencia y de la autonomía de cada uno, por desarrollar plataformas de reflexión, por enfrentarse a la noción de líder o por no hacer caso de los medios oficiales de propaganda. Al fin y al cabo, es preciso recordar que la comentada idea de masa no ha sido más que un constructo ideológico que también ha sido puesto en

³ Aunque Paolo Virno, en su conocido texto *Gramática de la multitud* (2003), haya contrapuesto esta al concepto de pueblo, basándose en la operación intelectual llevada a cabo por Hobbes, consideramos que a la luz de la historia, y sobre todo del pasado siglo XX, la idea de masa tiene una mayor relevancia tanto filosófica como histórica.

entredicho a la hora de describir los movimientos o insurrecciones populares que ha habido a lo largo de la historia, tal y como historiadores de la importancia de George Rudé (1979, 2001) o E. P. Thompson (1995) se han esforzado en demostrar.

Por supuesto, no hay que caer por ello en espejismos contrarios y recaer en visiones excesivamente optimistas. Simplemente se trata de remarcar que gracias a Internet es más sencillo constatar la proliferación de una mayor cantidad de iniciativas alternativas y en buena medida “multitudinarias” (por referirnos al término de Negri). Aquí es probablemente donde más se notan las huellas de esta política 2.0, al desarrollarse movilizaciones ciudadanas que se oponen a la tradicional lógica de los partidos y de las ideologías así como a una lógica descendente del poder. Además, se fundamentan tanto sobre modelos colaborativos o cooperativos como por la pluralidad y la diferencia, por lo que también la inclusividad y la disensión aparecen cada vez más, al menos en teoría y no siempre sin problemas o con fácil encaje, como categorías centrales de unos colectivos que no temen asumir su complejidad y heterogeneidad internas. De ahí se derivaría asimismo su intrínseca irrepresentatividad, lo que entronca con el “no nos representan” de los indignados, *slogan* que obviamente no solo denunciaba la ilegitimidad de los representantes votados en las urnas sino que ante todo ponía en cuestión el mismo modelo representativo de la democracia así como el de una política supeditada a una ideología en concreto.

No es de extrañar que la clásica idea de soberanía devenga terriblemente problemática o incluso incompatible con estos movimientos, ya que enlaza con una concepción del poder que aparece como absoluto, unilateral e incluso indisputable, lo que excluiría todo tipo de funcionamiento democrático. Este cuestionamiento de la soberanía coincide además con la ausencia de un poder soberano que concuerda con la naturaleza de los proyectos de Internet, donde, por la facilidad de emprender muchos tipos de iniciativas, los intentos de imponer una dominación jerárquica y arbitraria suelen derivar en la defección y en que los discrepantes decidan escindirse y llevar a cabo por su cuenta lo que habían planeado. Internet aparece por eso como un mundo proteico en perpetua fragmentación, que en realidad alimenta la ramificación de los proyectos en iniciativas distintas que no suelen dejar de cooperar y retroalimentarse entre sí, donde los mismos actos de separación de un proyecto no significan a menudo más que una necesaria bifurcación o pluralización por distintas vías de una idea que requiere estas escisiones para conseguir desarrollarse de manera más óptima. Eso explica que haya autores que consideren que el régimen que impera en estos casos es uno que recibe el nombre de *plurarquía* (Bard y Soderqvist, 2003). Y esto, además, es algo que también se ha intentado exportar al mundo físico, como se demostraría por ejemplo por todo ese entramado de asociaciones, movimientos o iniciativas surgidos a la estela del 15-M, donde al mismo tiempo que se reconocía la herencia contraída con el acontecimiento original también se destacaba la diferencia, sin que hubiera problemas a la hora de trabajar puntualmente en común.

POLÍTICA 2.0 Y POLÍTICA DE LO COMÚN

Eso que se ha llamado política 2.0 podría tener que ver con un incremento de importancia de lo que sería una política de lo común y para lo común (y no por casualidad palabras como *procomún* o en el ámbito anglosajón hablar de *commoners* se ha convertido en una práctica habitual). Cuando se habla de lo común, es preciso recordar que no se habla entonces de algo común que compartan todos los integrantes de un proyecto en concreto, como si fuera una suerte de propiedad, característica o meta colectiva dada de antemano que se tuviera que realizar, sino de algo que es producido o generado gracias a la intervención real y efectiva de los miembros. Lo común es en realidad el resultado surgido de un cúmulo de acciones e interacciones determinadas que se desarrollan en un espacio dado, sea físico o virtual, y no algo que se posee previamente. Lo común aparece así como un producto colectivo, atravesado de manera indispensable por la diferencia y la pluralidad, que no solamente la acepta sino que la necesita. Además, por su propio dinamismo democrático y la inclusividad que predica, comparece como una suerte de *work in progress*, como una suerte de obra abierta, imposible de ser clausurada del todo o delimitada por cualquier instancia externa o interna. Lo común, en tanto que común, se caracteriza así por ofrecer un espacio permanentemente abierto a los demás y, por tanto, por ser inapropiable, de modo que todo intento de someterlo a una identidad, programa o voluntad firmemente determinada e inflexible supondría el desvanecimiento o la privatización de lo común.

Más allá de los conflictos inevitables y no siempre positivos que se derivan de un modelo semejante o del grado de cumplimiento de lo que se acaba de exponer al nivel de los hechos, aquí es donde se encontraría su virtud, pero también su limitación o incluso su desafío. Este tipo de proyectos tienen sentido y empuje gracias a un activo cultivo de lo común, lo que aunque no supone la exigencia un compromiso absoluto, al fin y al cabo imposible e inexigible, sí que comporta un considerable grado de participación. Los movimientos que se plantan en la arena política como alternativas al modelo representativo precisan de una mayor colaboración y compromiso activo por parte de sus integrantes, tanto para su funcionamiento como para su legitimación. Y eso, fuera de ciertos momentos o movilizaciones coyunturales, no siempre es tan fácil de obtener, sin duda también por culpa de factores sociales o políticos tan conocidos como la precarización laboral o las distintas estrategias policiales de amedrentamiento o de violencia. En este contexto sobresalen estrategias novedosas como lo que se ha llamado *burorrepresión* (Oliver, 2013), que consiste en la creación *ad hoc* y utilización indiscriminada de una multiplicidad de nuevas sanciones administrativas, muchas de las cuales suponen el pago casi inmediato y sin mediación de un juez de una multa desproporcionada, lo que conduce a los intentos de desactivación y criminalización de las protestas.

Ahí es donde se encuentra probablemente la cuestión o el desafío principal de la política 2.0: esta está pensada para abrir o arrancar espacios de politización, para posibilitar una regeneración política que exige la participación activa de una población que a menudo debe o prefiere centrarse en otros quehaceres o, también, que cuando actúa políticamente lo hace de manera esporádica, a menudo yendo

solamente a manifestaciones. Esto último ayuda a dar visibilidad a las alternativas políticas pero no redundando en el cultivo de lo común. Por eso ha habido opiniones como la de la activista Angela Davis (2005), quien se ha quejado amargamente de que en los últimos tiempos la movilización ha sustituido a la organización, con lo que en la actualidad habría más espectacularidad y a la vez menos fuerza real. Asimismo se ha criticado con razón que el nuevo activismo se asemeja más bien a un activismo *light* (como el que se limita a apoyar las causas promovidas por la web change.org) o lo que ya se llama *slacktivism* o *clicktivism*.

Y es que uno de los aspectos que más defraudó de iniciativas como el 15-M (y esto es algo que nos encontramos asimismo en las movilizaciones de cariz semejante que han tenido lugar en otros países) fue que perdiese impulso de una manera tan rápida. Es cierto que no hay que infravalorar las numerosas y valiosas repercusiones positivas que se derivaron de este acontecimiento (que pasan entre otras cosas por una gran labor de politización de la sociedad, la incidencia que ha tenido en las agendas de los partidos políticos, su influencia en la formación de nuevos partidos políticos, la construcción de numerosas iniciativas de contrainformación y de contrapoder, la creación de redes para facilitar la movilización ciudadana o para desarrollar formas alternativas de economía, etc.), si bien no es posible negar que aquel masivo y espontáneo entusiasmo por la acción política menguó de manera considerable en poco tiempo. De ahí la posterior aparición de partidos como Podemos o iniciativas municipalistas como Barcelona en Comú y sus equivalentes en el resto del territorio español. Estas plataformas han recogido el testimonio de la indignación, aunque bajo un nuevo formato que si bien podía solicitar la participación ciudadana ya no dependía exclusivamente de esta. En algunos casos ha significado una explícita impugnación del “no nos representan” indignado.

CONCLUSIÓN

Eso que algunos llaman política 2.0 aporta un amplio repertorio de posibilidades democráticas, un potencial innegable de acción y transformación políticas, pero esto no tiene por qué desembocar inevitablemente en una democracia o en una economía mejor. Según ciertos autores como Robert McChesney (2013) más bien nos encontraríamos en una situación ostensiblemente peor, con un mercado más dominado por unos cuantos oligopolios y aquejado de una creciente desigualdad económica. También se ha criticado que las propias dinámicas de Internet fomentan una comprensión más banal y simplificada de la política, como quedaría ejemplificado por las esporádicas oleadas de indignación desencadenadas en Twitter ante cualquier noticia que pudiera ser motivo de escándalo, con frecuencia basadas en la desinformación o en una comprensión simplista de la política.

El diagnóstico, en realidad, no puede más que refugiarse en la provisionalidad. Gracias a la política 2.0 se ha logrado un amplio abanico de herramientas o plataformas de contrapoder, de contrainformación o de contraeconomía, se ha conseguido estimular y consolidar una suerte de esfera pública (todavía por mejorar), lo que es imprescindible para cualquier definición mínima de democracia. A

decir verdad, es probable que en estos puntos se encuentre el aspecto más importante de la política 2.0, al menos por el momento: no tanto en los diferentes modelos políticos que se proponen en el presente como en la cantidad y calidad de exitosas prácticas e iniciativas que ya se han conseguido llevar a cabo, en la certificación de un lado proactivo de los hombres y de las mujeres que detentan un gran potencial y que hacen de Internet el manantial de un conjunto de alternativas sumamente interesantes, así como la forja de un buen número de espacios de experimentación política, social o económica. Hasta el momento, empero, eso no ha bastado para realizar las transformaciones deseadas en la sociedad y tan solo en el futuro se podrá saber la auténtica repercusión de todo esto. Internet, en este sentido, sigue siendo una incógnita.

Por eso, junto a los enjuiciamientos positivos, no hay que olvidar su reverso menos halagüeño y señalar que, por así decirlo, también hemos asistido en los últimos tiempos a la implantación de nuevas, sofisticadas y no menos crueles formas de injusticia, opresión y explotación que asimismo podríamos denominar 2.0. O que al contrario de lo que sucedió con muchas insurrecciones políticas del pasado, parece ahora que sea mucho más complicado de lograr el momento destituyente que el constituyente. Frente a las formas de poder hegemónico se han desarrollado nuevas formas de contrapoder, aunque por supuesto también aparecen “contracontrapoderes” para contrarrestarlas y que amenazan con neutralizar o ressignificar el potencial de la política 2.0.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, C. (2013). *Makers: the new industrial revolution*. London: Random House Business Books.
- Bard, A. & Soderqvist, J. (2003). *Netocracia: el nuevo poder en la red y la vida después del capitalismo*. Madrid: Pearson Educación.
- Beas, D. (2010). *La reinención de la política: Obama, Internet y la nueva esfera pública*. Barcelona: Península.
- Benkler, Y. (2015). *La riqueza de las redes: cómo la producción social transforma los mercados y la libertad*. Barcelona: Icaria
- (2012). *El Pingüino y el Leviatán: por qué la cooperación es nuestra arma más valiosa para mejorar el bienestar de la sociedad*. Barcelona: Deusto.
- Calle, Á. (2013). *La transición inaplazable: salir de la crisis desde los nuevos sujetos políticos*. Barcelona: Icaria.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza.
- (2009). *Poder y comunicación*. Madrid: Alianza.
- Dardot, C. & Laval, P. (2014). *Commun: essai sur la révolution au XXe siècle*. París: Découverte.
- Davis, A. (2005). *Abolition Democracy: beyond empire, prisons and torture*. New York: Seven Stories Press.

- Di Maggio, A. (2008). *Mass Media, Mass Propaganda: Examining American News in the "War on Terror"*. Plymouth: Lexington Books.
- Graeber, D. (2014). *Somos el 99%. Una historia, una crisis, un movimiento*. Barcelona: Capitán Swing.
- Hippel, E. von (2005). *Democratizing Innovation*. Cambridge: MIT Press.
- Johnson, S. (2003). *Sistemas emergentes: o qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software*. Madrid: Turner.
- Jurado, F. (2014). *Nueva gramática política: de la revolución en las comunicaciones al cambio de paradigma*. Barcelona: Icaria.
- Le Bon, G. (1973). *Psicología de las Multitudes*. Buenos Aires: Albatros.
- MacKinnon, C. (2012). *No sin nuestro consentimiento: la lucha mundial por la libertad en Internet*. Barcelona: Deusto.
- McChesney, R. W. (2013). *Digital disconnect: how capitalism is turning the internet against democracy*. New York: The New Press.
- Morozov, E. (2012). *El gran desengaño: los mitos de la libertad en la red*. Barcelona: Destino.
- Moscovici, S. (1985). *La era de las multitudes: un tratado histórico de psicología de las masas*. Ciudad de México: FCE.
- Negri, A. & Hardt, M. (2012). *Declaración*. Madrid: Akal.
- (2004). *Multitud: Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate.
- Oliver, P. (coordinador) (2013). *Burorrepresión: sanción administrativa y control social*. Albacete: Bomarzo.
- Ortega, J. F. & Rodríguez, J. (2012). *El Potlatch digital: Wikipedia y el triunfo del procomún y el conocimiento compartido*. Madrid: Cátedra.
- Raymond, E. S. (2001). *The cathedral and the bazaar: musings on Linux and open source by an accidental revolutionary*. Sebastopol (California): O'Reilly.
- Rendueles, C. (2013). *Sociofobia: el cambio político en la era digital*. Madrid: Capitán Swing.
- Rifkin, J. (2011). *La tercera revolución industrial: cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*. Barcelona: Paidós.
- (2014). *La sociedad de coste marginal cero: el internet de las cosas, el procomún colaborativo y el eclipse del capitalismo*. Barcelona: Paidós.
- Rudé, G. (2001). *El rostro de la multitud: estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*. Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- (1979). *La multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra: 1730-1848*. Madrid: Siglo XXI.
- Say Chan, A. (2013). *Networking peripheries: technological futures and the myth of digital universalism*. Cambridge (Massachusetts): The MIT Press.
- Shirky, C. (2012). *Excedente cognitivo: creatividad y generosidad en la era conectada*. Barcelona: Deusto.
- Sunstein, C. (2003). *República.com: Internet, democracia y libertad*. Barcelona: Paidós.
- Surowiecki, J. (2005). *Cien mejor que uno: la sabiduría de la multitud. Por qué la mayoría es siempre más inteligente que la minoría*. Barcelona: Urano.
- Tascón, M. (2012). *Ciberactivismo: las nuevas revoluciones de las multitudes conectadas*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

- Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud: para un análisis de las formas de vida contemporánea*. Madrid: Traficantes de sueños.